

Polesina, de la Frata y otras ciudades, detenidos en 1820, y de quienes habiendo sido condenados á muerte Orboni, Solera, Fortini, Felice Foresti y otros hasta trece, se les conmutaba la pena con la de prisión, cuya duración variaba entre seis y veinte años,—18 de Mayo de 1822.—Durante el curso de otros procesos nuevos, varios de los que se habían escapado, tales como el conde Porro, fueron condenados á muerte por contumacia con formas que llegaron á soliviantar á los habitantes de Milán. La nobleza tomó abiertamente partido por aquellos de los suyos que habían sido castigados por los tribunales, protestando enérgicamente contra el sistema brutal que se seguía y contra la duración de los procesos que se instruían y que se prolongaban con intención...

»Austria, sin embargo, no se atrevía á publicar las sentencias de sus tribunales, lo que no hizo hasta haberse extinguido el menor síntoma de agitación, lo que sucedió después de haber penetrado los franceses en España. Fué entonces cuando publicó el decreto conmutando la pena de muerte impuesta á veintiún milaneses,—21 de Enero de 1824,—por la de detención en el castillo de Spielberg; otros trece presos de Brescia y de Chiari obtuvieron la misma gracia,—8 de Mayo y 20 de Julio,—siendo enviados á Spielberg y á Laybach para sufrir la misma pena. Antes, empero, de ser llevados á su presidio, fueron expuestos públicamente en un estrado, como en el pilori. Este ignominioso trato destruyó toda clase de adhesión á Austria por parte de la mayoría de la nobleza lombarda, que había hecho los mayores esfuerzos para obtener el indulto de los condenados á muerte. Naturalmente nadie agradeció á Austria ese cruel favor que consistía en enterrar vivas á sus víctimas en las cárceles, pues no lo concedía sino con esa maldad del vencedor que desfigura la justicia lo mismo que la gracia, dándole un aire de sarcasmo y de cruel satisfacción.

»Los parientes de Confalonieri, su anciano padre, su esposa y su hermano, apoyados por la simpatía de la gente de la corte y de los militares más considerados de Viena, y aún por la de la misma emperatriz, se presentaron al emperador para implorar su clemencia. Pero no encontraron en ese hombre rígido más que un corazón de hielo, que principiaba por gozar del placer de ocultar su crueldad fría bajo la máscara del deber y de la justicia, y que, al conceder luego la gracia implorada, no quería siquiera dejar á los parientes humillados, que partían con el dón doloroso de su clemencia, el placer de ser los

primeros en dar la noticia á su víctima. Confalonieri de paso para Spielberg fué llevado á Viena; Metternich salió en persona á su encuentro en las oficinas de la policía, prometiéndole endulzar su suerte si revelaba las tramas y los nombres de los conspiradores. Todos los italianos explican este paso, los largos aplazamientos del proceso y los tormentos que tuvo que sufrir al ser interrogado, por el ardiente deseo del gabinete de Viena, de hacer remontar los hilos de la revolución hasta el príncipe de Carignan.

»Pero los italianos se habían convertido en maestros en el arte de callar. Era para ellos motivo de orgullo ver que la persecución de Austria «había, en verdad, sacudido el saco de carbón, sin abrirlo.» Confalonieri en particular, quien á los ojos de un gran número de sus amigos políticos, había pasado por un hombre equívoco y por un carácter inconstante, ligero y débil, adquirió la mejor reputación por la inflexibilidad y por la dignidad con que soportó los sufrimientos de la cárcel, y no se borró nunca el recuerdo de sus desgracias. Su esposa, que había sido para él siempre su buen ángel y que hizo una tentativa para libertarle de su cárcel mientras estuvo preso, fué venerada como una santa por los italianos que honraron al mismo conde como uno de sus mártires. Tal fué la consideración que el mundo en general dió al nombre de esos hombres, cuando más tarde se conoció el doloroso ejemplo que habían dado con sus destinos, y los detalles del sistema de prisión que tuvieron que sufrir en Spielberg, bajo la vigilancia personal del emperador, ese hombre frío y cruel.

»Toda una serie de hombres desgraciados, convertidos en víctimas de una hermosa ilusión, de una triste ilusión, pero que no carecía de generosidad, tales como Moretti, Rossi y Antonio Villa, se consumieron y murieron en calabozos. Otros salieron de ellos, enfermos de cuerpo y de espíritu, volviendo al seno de sus familias arruinadas, demasiado tarde. Confalonieri, que no recobró la libertad sino á la muerte del emperador Francisco,—1836,—no encontró ya vivos ni á su hermano ni á su esposa que había sucumbido al peso de sus angustias.»—Gervinius, pasa por alto el detalle que mejor retrata á ese malvado emperador, que se complacía con saber que tenía en su presidio de Moravia á los más ilustres literatos milaneses. Cuando Francisco supo que había fallecido la mártir esposa de Confalonieri, dió orden de que se comunicase la noticia á este insigne patricio, pero con la prohibición terminante de que se le diera acerca de ella el menor detalle.

Sucedió, pues, que un día Confalonieri fué sacado de su calabozo y llevado delante del director del presidio, que le dijo: «Número 14, la magnanimidad del emperador mi señor y amo me permite que os haga saber que vuestra esposa falleció;» y sin más fué conducido de nuevo á su calabozo. Esto no lo hicieron nunca los terroristas de Francia, esta crueldad infernal estaba reservada á un emperador.

»El anciano padre de Castilla,—continúa ahora Gervinius,—murió loco al saber la suerte de su hijo, y el padre del conde Osoboni tuvo que pasar por la amargura de saber á los ochenta años que su hijo había fallecido en su calabozo de consunción. Pallavici, condenado á veinte años de *carcere duro* á pesar de sus espontáneas declaraciones, salió sufriendo, como Antonio Villa, ataques de alienación mental periódica. Maroncelli perdió en la cárcel una pierna comida por las enfermedades, y fué á morir loco en Nueva York al salir de su destierro. Solo Felice Foresti, que fué el primer encarcelado y el último en recobrar la libertad, salió, como dicen los italianos en su elogio, sin ver quebrantadas sus fuerzas, después de haber opuesto á los más refinados rigores la resignación más heroica y la más alta tenacidad.

»La docilidad y dulzura de carácter que Silvio Pellico adquirió en su calabozo, y que más tarde le arrojaron en brazos de los jesuitas, no fué á los ojos de sus compatriotas, más que el resultado de una estúpida cobardía; perdonáronle que olvidara sus sufrimientos individuales, pero le hicieron un crimen el haber olvidado los de Italia. Sin embargo, su célebre libro sobre su cautividad,—1832,—produjo, precisamente á causa de ese carácter particular del autor, un efecto mucho más doloroso del que hicieron las adiciones añadidas por Maroncelli, ó las memorias de un Adriani,—1837.»

Revelado el indigno é infame tratamiento que Austria daba á sus presos políticos, apresuróse el gobierno á endulzar la suerte de todos los detenidos en sus cárceles y presidios, sin llegar por esto de mucho á ponerse á la altura de lo que la humanidad y la cultura de Europa exigían.

En fin, en los Estados de la Iglesia, en las legaciones, no se procedió tampoco con suavidad, al querer reprimir el amor platónico de los italianos del centro por la causa constitucional. Siempre exaltados los espíritus en la romaña, los asesinatos políticos no escasearon durante los años 1820 al 22, sin que se pudiera poner á ellos término: el partido liberal, ó francés como se le llamaba, devolvía gol-

pe por golpe á los dominadores; el orden no se restauró sino al ocupar los austriacos las legaciones al avanzar contra Nápoles, y aunque la emprendieron desde luego y con energía contra las sociedades secretas, á la disuelta carbonería, disuelta de nombre, por existir la ley que imponía la pena de muerte á todos los carbonarios, sucedieron las asociaciones llamadas *Cazadores de América, Hijos de Marte, Sublimes maestros perfeccionados* en Parma, asociaciones que celebraban sus sesiones á despecho de la policía romana y austriaca, impotente para dominar la pasión de los italianos por tales asociaciones misteriosas.

Gracias, sin embargo, al legado cardenal Spina, que se portaba en Bolonia con cierta benignidad y dulzura, se llegó á evitar un ruidoso accidente preparado por el implacable odio de los romaños por los tudescos, constantemente excitado por éstos con su conducta. Así cuando á mediados de 1822, las prisiones verificadas en Bolonia, Imola y Forli, fueron causa de que murieran asesinados el gonfaloniero de Mola y el conde Balvi en Cesena, cuyo palacio episcopal corrió peligro de ser reducido á cenizas, acusóse á Austria de haber promovido esos tumultos para tener ocasión de intervenir, á fin de dominar en los Estados de la Iglesia como dominaba en el resto de Italia, lo que parece tanto más fundado cuanto que jamás se habló del gobierno de Roma y de sus curas como hablaban á la sazón los agentes austriacos para soliviantar las pasiones populares. Esto hubo de saberse en Roma, y de aquí que la policía romana se mostrara tan indiferente con las sociedades secretas, de lo que le acusaba la policía austriaca, pero esto no quiere decir que en Roma se diera la mano á los oprimidos, nada de esto; cuando en Nápoles se dió orden de que se presentaran delante de las autoridades setecientos individuos, ó que salieran del país, quinientos de ellos se dirigieron á los Estados de la Iglesia, pero al tocar su frontera recibieron orden de retirarse, pues se les negaba un asilo en la tierra del vicario de Cristo. Estos infelices rehicieron el camino que habían hecho y se fueron á Túnez, en donde fueron acogidos por el vicario de Mahoma. Su delito, no se olvide, era el de ser monárquicos constitucionales.

Italia tenía necesidad de ser amasada de nuevo para conquistar su libertad, que no era posible sin su unidad. Esto lo comprendían los patriotas piamonteses, y por esto llaman siempre al pueblo por Italia y no para el triunfo constitucional de un Estado particular. Guillermo Pepe, era tal vez el único



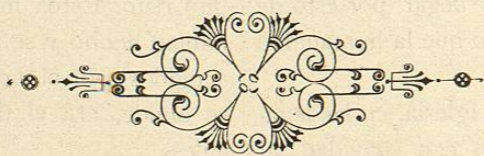
que estaba dispuesto á contestar á este grito fuera de las fronteras del Piamonte, pero Pepe seguro de no ser escuchado y ni aún tal vez comprendido, ni siquiera hizo la menor alusión á esta unidad de pueblos italianos, que nadie podía comprender entonces como realizarla fuera de los exaltados, de los que pedían una revolución cada veinticuatro horas, para levantar el pueblo con el sacrificio de sus más puros hijos. Los exaltados, que fueron los verdaderos responsables de los sucesos de Italia, que tan funestas consecuencias habían de tener en España, estos pudieron enviar al patíbulo á buen número de sus generosos partidarios, pero no pudieron conmover sino de una manera pasajera, casi instantánea, el trono de los despotillos de Italia. Para llegar á la acción, era antes necesario llegar á la unidad de miras, y esto no era posible en Italia en 1820. Así, nada tan curioso como la disputa entre Florestan y Guillermo Pepe. Florestan le decía á Guillermo que era necesario contar con el tiempo: Guillermo le respondía que el tiempo era la obra de los hombres, frase hermosa y elocuente que turba los sentidos de los impacientes, cuando en rigor Guillermo no hacía más que replicar á Florestan con su mismo argumento. Obra de los hombres el tiempo, hay pues que contar con los hombres que son los que hacen el tiempo, y si en aquellos días un exaltado como Evaristo San Miguel decía que en España los constitucionales no componían sino el décimo de la población, y del Porro encontraba exagerada la cuenta que se había hecho de haber doscientos ó trescientos constitucionales en las veinte ó treinta ciudades principales de Italia y no más, ¿cómo con estas minorías se quería dominar en dos penínsulas sometidos por el fanatismo religioso y por un clero poderoso que se defendía atacando á los amigos de las reformas!

Florestan y Pepe decían que los hombres de su tiempo habían perdido por completo la idea de la

oportunidad en política que consiste en aprovechar el momento oportuno para realizar una idea madurada ya en la opinión. Ciertamente, este sentido faltó entonces como ha faltado siempre á los hombres, como les faltará siempre en los períodos revolucionarios.

La lucha por la libertad constitucional iniciada en 1815, necesitaba de esos ardientes patriotismos que no se paran en sacrificios, porque no son en general los hombres prudentes los que se batan, y á la guerra como á la guerra. En lo que se equivocaban estos hombres ardientes, era en creer que ellos podrían, minoría, reemplazar á la minoría que dominaba en todos los pueblos, que minoría eran ya al fin los partidarios del régimen absoluto. Pero estos se imponían, duraban, porque se apoyaban sobre un fondo de tradiciones en el que habían hasta arraigado los mismos que ya sentían necesidad de cambios radicales, pero que no auxiliaban por su pereza á cambiar de postura. Interin, pues, esta masa inerte no se moviera y entrara en acción, el triunfo de la libertad era imposible, y los que veían de lejos como Florestan, podían decir que él estaba seguro de ver reinar en Italia el sistema liberal ó constitucional, y que los que agitaban al país hacían muy mala obra; pero, ¿qué hubiera sucedido sin esas agitaciones que purificaban la atmósfera como las tempestades? ¿Pudo Florestan acaudillar jamás un partido seriamente progresista que pudiera inspirar confianza en el porvenir?

Ahora precisamente va á comenzar en toda Europa el reinado de los oportunistas, quienes también tuvieron que llegar á las vías revolucionarias en 1830, demostrando que las instituciones tradicionales no se caen por su propio peso, sino que es necesario derribarlas. La oportunidad está en saber escoger el momento para soltarles el primer barreno.



## CAPITULO XVI

### FIN DE LA REVOLUCIÓN ESPAÑOLA

*Situación interior de España.*—Caída del primer ministerio moderado presidido por Argüelles.—Segundo ministerio moderado: Feliu, Bardaji.—Caída del partido moderado.—Acción de las Cortes y sus consecuencias.—El rey y la contra rebelión.—Tercer ministerio moderado: Martínez de la Rosa.—Las jornadas de Julio.—Ministerio exaltado.—Mina en Cataluña.—*Relaciones de España con el extranjero.*—Portugal: las Cortes constituyentes.—La casa real.—Francia: conspiraciones militares.—El gobierno francés: Vilelle.—Preparativos para el Congreso de Verona.—Suicidio de lord Londonberry.—Congreso de Verona.—Negociaciones en París.—Chateaubriand.—Ruptura entre España y las potencias aliadas.—Chateaubriand y Canning.—Preparativos en España.—Desvanécense las esperanzas que se habían fundado en la perturbación del orden público en Francia.—*La guerra:* plan de campaña: apertura de las hostilidades.—Toma de Madrid.—Las Cortes en Sevilla.—Morillo y Ballesteros.—Toma de Cádiz.—Mina.—Ojeada retrospectiva.—La restauración antes de la libertad del rey.—La restauración después de la libertad del rey.—Levantamiento de los realistas contra el rey.—Triunfos de los franceses.—Neutralidad de Inglaterra.—Jorge Canning.



ABÍASE hecho general en España el convencimiento de que cuantas perturbaciones ocurrían en el orden político eran la obra del rey y de su camarilla, y de esta idea participaban Francia é Inglaterra. Era, pues, necesaria una gran prudencia y una gran unidad de miras para impedir la desunión fomentada por tan grande enemigo, pero esta unidad era difícilísima de fundar, dado que el enemigo que se tenía que combatir estaba dispuesto á gritar á cada momento violencia, usurpación, tiranía, para que acudieran en su auxilio las potencias extranjeras, los coaligados de Troppau, en cuyo tiempo, como ya hemos visto, Fernando VII se permitió ya los primeros atentados contra la Constitución. Pero si era imposible fundar la unidad de miras sobre como se había de tratar al rey y á su camarilla, el gobierno de Argüelles marchaba resuelto y compacto á no darle motivo á que gritase por la falta de su seguridad y de su libertad.

Esta mayor prudencia y reserva del gobierno, exasperaba á Fernando, porque le probaba que se había descubierto su juego y exasperaba á los exaltados que no creían que se pudiera lograr nada sin imponer á Fernando el respeto de la Constitución.

Llegan, por fin, los días de Laybach y Fernando quiere salir de nuevo disfrazado contra su gobierno y la Constitución. Fragua nuevos planes; se llevan á la imprenta sus proclamas, un aprendiz las denuncia, se acude á tiempo por el gobierno y se encuentran los originales en poder del capellán del rey, Vinuesa. El gobierno no se asusta pero no obra; la oposición bulle y pide el castigo de los culpables á lo que el gobierno no se atreve ó á lo que no quiere descender el gobierno que noblemente no quiere sentar la mano en los meros instrumentos del despotismo de Fernando. Hé aquí la verdadera causa de la debilidad del gobierno, que aumenta cuando no se atreve tampoco á proceder contra los